

La inapreciable serie de investigaciones llevadas á cabo por comisiones reales, en todo lo que concierne al bienestar moral, social y religioso del pueblo, bajo los auspicios de lord Melbourne; eran presentadas por sus contrarios y aun por algunos de sus aliados, como trama de una inmensa maquinación ideada y llevada á cabo por el poder con el propósito firme de favorecer á sus hijos y sobrinos. Sydney Smith, cuyo apetito de reformas se había saciado en tiempos anteriores, tan pronto como le colocaron á él cómodamente, declaraba en un momento de consternación humorística que toda la tierra estaba en comisión, y que el género humano había sido salvado del diluvio para ser entregado á los abogados durante seis años. El *onus probandi* quedaba perfectamente declarado por cualquiera que hiciese ver que no era comisionado, y la única duda que un hombre tendría al encontrar un whig desconocido, no sería ciertamente si era ó no comisionado, sino cuál podría ser la dirección de la vida humana que se le pudiera indicar para hacer investigaciones en ella.

Lo que era tumulto y nepotismo á los ojos de un primitivo fundador de la *Revista de Edimburgo*, á un suscriptor del *Morning Post* le parecería poco mejor que negligencia y rapacidad. Por esta época fué cuando Praed atacó al Ministerio con los versos más incisivos que satírico político ha escrito jamás (1):

*Seguramente nadie puede mejor conocer cuán grata sea  
La posesión de un asiento oficial  
Que uno que cada estación compra*

(1) El pequeño poema de que están tomados los anteriores versos, ha permanecido hasta ahora inédito, con excepción de la apelación final á la joven reina; pasaje que se distingue por una elevación de tono no frecuente en las efusiones políticas de Praed.

*A tan alto valor el fastuoso premio;  
Uno que por tan largo tiempo ha sostenido  
El entrecejo del menosprecio universal;  
Que ha visto la desconfianza en todas las miradas;  
Que ha sido en todas las voces la censura;  
Triunfante, sin embargo, en su casa él va  
Desde burlones amigos y piadosos enemigos  
Que huyen de él y le aborrecen,  
El conserva el sello y salario todavía.  
Y, á decir verdad, debe ser agradable  
Ser ministro en los tiempos presentes  
Hacer creer que se guía el reino  
Sin poner uno mano en el timón,  
Y hacer creer que con semejante tripulación  
Un piloto siempre hallaría camino;  
Crear que los pueblos están contentos  
Imaginando que es debido al gobierno,  
Y apenas relacionándose con él  
Excepto en su crédito y provecho;  
Cuando Follet aprieta, Sugden se detiene,  
Pide el alegre Stanley (1) que se cuenten las narices,  
Y deja la defensa del gabinete  
Al ingenio de Bulwer y al sentido de Blowit;  
Oír peticiones de explanación  
Sobre la India, Bélgica, comercio, imposición,  
Y replicar que quizá ensayan  
Dar una contestación inmediata;  
Salvar la Iglesia y servir la corona  
Dejando otras contiendas inferiores;  
Para prometer, deliberar, preparar, diferir,  
Y, finalmente, para dejar las cosas marchar solas;  
En resumen, para ganar el sueldo que da el pueblo  
Por hacer nada cada día;  
Estas tareas y estas alegrías, el hado las asigna  
A los muy bien colocados whigs en el año treinta nueve.*

Grandes hombres, como Praed y Sydney Smith, han trazado de un modo indeleble la historia de la impre-

(1) El difunto lord Stanley de Alderley era alto empleado en la Tesorería durante la administración de Melbourne. Las tradiciones de antecámara todavía señalan su estancia en aquella oficina, como la época culminante de la gestión parlamentaria.



sión que les producían, tanto á ellos como á otros hombres semejantes, los acontecimientos de aquella triste época. Carlyle había participado de lleno del ardor y entusiasmo con que fué saludado el bill de la gran reforma; participaba ahora igualmente del desengaño y tristeza que, después de siete años de experiencia de una Cámara de los Comunes reformada, conducida por los whigs con la oposición de los Pares, comenzaba á dominar los ánimos de todos aquellos que amaban más su país que su partido. En varias de sus obras nos cuentan la historia de una alma joven y ardiente mirando, con esperanza y alegría, á un mundo que consideran infinitamente bello, aunque en él sobresalen falsedades é inmundas tramoyas, suficientes para disipar la alegría y entusiasmo por la lucha y la victoria; y del desaliento que eclipsó ilusiones tan galanas, cuando fueron empleadas una legislatura después de otra en alcanzar, con infinito guirigay, debatiendo, proponiendo y contraproponeando, un arreglo entre el honorable Mr. This y el honorable Mr. That sobre sus respectivas pretensiones á montar sobre el caballo más alto». Habían llegado los tiempos en que, á la pasión y energía de 1832, sucediera el poco edificante espectáculo de estériles griegos dispuestos á sofocar la infecunda Grecia sobre el suelo de San Esteban, hasta que diera el postrer grito de abandono de: «¡Tente, el lugar queda por tuyo!»

A poco del regreso de Macaulay de la India, comenzó á participar el gobierno whig de la responsabilidad que le cabía por haber prolongado aquella agitación política tan inútil como innoble, que por algunos años imperara en la Cámara de los Lores. Desde entonces lord Melbourne y los demás ministros sus

compañeros no pudieron menos de percibir, mediante aquellos signos que son tan conocidos á los políticos veteranos, que su popularidad iba languideciendo. Cuando sus medidas eran mutiladas en la Cámara de los Comunes y fracasaban en la de los Pares; cuando una elección tras de otra venían sucesivamente repitiendo el mismo disgusto y desconfianza generales, se les hacía necesario mostrarse tan decididos á abandonar el puesto en 1835, como lo habían estado antes para tomar posesión de él. Había llegado la hora en que los hombres de Estado debían aprovechar ardentemente la primera oportunidad de probar que nuestra constitución no escrita daba la clave para proveer á la solución del problema, de la cual dependía, la prosperidad y aun la existencia de un país libre; problema que podían fácilmente resolver, como gobernantes, que han perdido el favor y la confianza de sus gobernados, y es factible, por consiguiente, que sean removidos de su puesto sin menoscabo de la fuerza y autoridad del Poder Ejecutivo. Desgraciadamente hubo consideraciones, honrosas en sí mismas, que desanimaron al gabinete de seguir tan digna conducta, y el mes de Mayo de 1839 veía á los jefes de aquel gran partido que había entrado en el poder á pesar del trono, sosteniéndose débilmente tras las faldas de sus mujeres y hermanas. Viéranse ó no obligados por las circunstancias á seguir aquella conducta, lo cierto es que su ejemplo fué de efectos desastrosos sobre la vida pública inglesa. Nuestra obediencia ministerial modelo fué bajando desde aquel día, hasta que en Junio de 1866 llegó al nivel más inferior con la negativa del conde Russell y sus colegas á permanecer en el poder, después de lo que se encontraron ellos mismos incapaces para llevar á cabo en toda



su integridad las medidas de la reforma que habían prometido á la nación.

Tan pronto como los whigs se hubieron decidido á resolver la dificultad de la Cámara resumiendo servicios, tenían verdadera ansia y necesidad de llevar á la Cámara de los Comunes toda la habilidad y elocuencia de su partido, pues habían llegado los tiempos en que era ocasión de emplear tanta oratoria como fuera menester. Hacia el fin de Mayo la elevación á la pairía de Mr. Abercromby, el orador, dejó un asiento vacante en Edimburgo. Los ministros hicieron cuanto puede hacerse en Londres para obligar á que fuese aceptado Macaulay como candidato liberal, y bien pronto se obtuvo la respuesta. Se presentó á los electores con un discurso que en punto á estilo sobrepujó á sus esperanzas, y con cuyo fondo quedaron todos muy contentos. Se captó el apoyo de los radicales comprometiéndose á defender la votación por balotas; por otra parte, las reminiscencias del despotismo de lord Melville estaban todavía demasiado frescas en la memoria de los escoceses, para que todavía trabajaran por los toríes aun tratándose de disputar la representación de la capital de Escocia; y los whigs hubiesen sido monstruos de ingratitud si no se hubiesen declarado abiertamente en favor de un hombre que era un whig con la misma fuerza de convicción con que Montrose había sido realista ó Carnot jacobino. «Miro con orgullo—decía Macaulay—todo aquello que los whigs han hecho por la libertad y felicidad humanas. Les veo ahora acosados con dureza, luchando con dificultades, pero peleando siempre por la buena causa. Al frente de ellos están hombres que han heredado el espíritu y las virtudes así como la sangre, de los antiguos campeones y márti-

res de la libertad; á esos hombres me propongo asociarme. Mientras ondee un fragmento siquiera de la vieja bandera á su lado me pondré. Sea dentro ó fuera del Parlamento—ya hablando con la autoridad queda la representación de esta gran é ilustrada comunidad, ó ya expresando los humildes sentimientos de un ciudadano particular—quiero mantener incólume mi fidelidad á los principios que, aunque puedan haber nacido bajo unos tiempos insensibles á sus peticiones, son todavía fuertes é inmortales con la fortaleza é inmortalidad que da la verdad; y que, no obstante, de que puedan ser mal entendidos y practicados por los contemporáneos, encontraron justicia en mejores edades. Semejante favor provocará de seguro una sonrisa en aquellos que examinan el campo de la política con la misma serena complacencia con que se hace una crítica literaria, más fácilmente que de los hombres de estado que han aprendido el valor de una convicción leal por la frecuente y penosa experiencia de la lucha con los adversarios.»

El primer discurso que pronunció Macaulay después de su aparición en el Parlamento, fué acerca de la moción de Mr Grote para dejar de plantear la proposición de votación por balotas. Aquella cuestión que se renovaba todos los años en la Cámara, á la que los razonamientos filosóficos y erudición clásica de sus campeones no daban ya atractivo alguno, en 1829 había recobrado su cierto sabor de novedad, desde que el gabinete de lord Melbourne, en su propósito de hacer algo que pudiese darle popularidad, había convenido que los más avanzados de sus ministros quedasen en libertad de votar como más les agradase. La conveniencia de este acuerdo fué bastante recusada por la oposición. A Macaulay se le presentó



una ocasión admirable de dar á aquella Cámara, que estaba deseosa de oírle, una muestra de su cualidad característica; con este fin lanzó un torrente de datos históricos para probar que los gobiernos que han mirado á su propia estabilidad ó por la conciencia de sus miembros, siempre habían reconocido la necesidad de obrar liberalmente en cuestiones abiertas. «Me regocijo de ver—decía él—que volvemos á las sabias, sinceras y templadas máximas que dominaban en esta Cámara en tiempos de nuestros padres. Aunque se dé á dos hombres la misma educación á la vez desde niños, haciéndoles seguir los mismos estudios y que formen parte de la misma sociedad, aun entonces, no puede esperarse, sin embargo, una perfecta concordia entre ellos sobre asuntos políticos. Si, por el contrario, se tiene en cuenta que los gobiernos están constituidos de tal suerte, que cuarenta ó cincuenta señores, muchos de los cuales jamás se han visto, á pesar de estar unidos oficialmente, y á veces han vivido hasta entonces en furiosa oposición y se ven obligados á cooperar á un mismo fin en íntima conexión, nadie extrañará que la unanimidad de pareceres entre tales hombres sea un milagro absoluto.» «Conversación de casas de vecindad —decía lord Chatan.—¿Dónde hubo jamás ejemplo de un gabinete enteramente unido? ¿Cuándo la inteligencia de doce hombres ha sido vaciada en el mismo molde?» En la memoria de muchas personas que ahora viven fué regla que todas las cuestiones fueran libres en un gabinete, excepto aquellas que se refieren á alguna de estas dos clases: medidas emprendidas y continuadas por el gobierno como tal gobierno, y que todos los miembros están dispuestos á apoyar; y proposiciones presentadas con objeto de censurar expresa ó impli-

citamente al gobierno ó cualquiera de sus dependencias, y á la cual todos los miembros del mismo gobierno están obligados á oponerse. «Dejemos, honorables señores—decía Macaulay, insistiendo con calor sobre este tema—rodar nuestra memoria sobre la historia de la administración de Mr. Pitt, y los señores que me escuchan recordarán ó tendrán noticia de cómo, sobre una reforma parlamentaria, Mr. Pitt y Mr. Dundas votaron en contra de lord Mulgrave y lord Grenville, y cómo sobre la cuestión de la trata de esclavos, Mr. Dundas y lord Thurlou votaron contra lord Grenville y Mr. Pitt; y otro tanto aconteció á propósito de la ley de los folletos ó escritos satíricos de la acusación de Warren Hasting, y todos los nombres de los miembros del gabinete de mister Pitt pueden presentarse ante la vista de los honorables señores que me escuchan en todas las variaciones y combinaciones posibles. ¿Y mermó esto en algo el prestigio del hombre de estado que ocupaba entonces el puesto de primer ministro? No. Mr. Pitt era un hombre á quien sus mismos enemigos conceden la posesión de un espíritu valiente y con condiciones de mando. ¿Y fué el efecto de esta política debilitar su administración, desanimar sus partidarios, incapacitándolos para resistir los ataques de la oposición? Por el contrario, jamás ministerio alguno presentó un frente de batalla tan firme y apretado, ni puede caber la menor duda de que aumentó su fuerza á consecuencia de haber dado á cada uno de sus miembros la mayor libertad individual.»

Sir Roberto Peel, después de expresar en hermosos y caballerescos términos su satisfacción por encontrarse frente á frente de antagonista tan temible, procedió á contestar con argumentos débiles y parciales, ador-



nados con citas de Burke. Hasta hoy ha permanecido sin respuesta la protesta de Macaulay contra la crueldad inútil de colocar á un hombre en una posición que puede ser falsa, ya para sus convicciones personales, ya para la sediciosa teoría de la obligación ministerial; protesta que todavía tiene gran fuerza cuando se dirige contra la extravagante indiscreción de emplear el inmenso peso y autoridad del Banco de Tesorería para decidir á votar acerca de una proposición abstracta que puede no tener valor posible, excepto en el caso de producir una indicación genuina y sin preocupación de opinión parlamentaria.

Londres, 4 de Julio de 1839.

Querido Napier: Siento mucho que tuviera usted tanto interés en que le enviase un escrito mío. No estuve, realmente, prudente, porque yo debí haber escrito antes para decir á usted que me era completamente imposible hacer cosa alguna por el presente. Daré á usted la vida de Clive para Octubre; el asunto es grande y se presta á innumerables ilustraciones.

Yo debía haber hablado sobre la cuestión de la educación, pero los ministros obligaron á hacerlo á Vernon Smith cuando yo me iba á levantar, y no tendré otra oportunidad hasta que Goulburn se harte, después de aburrir enteramente á la Cámara. Quinientos pueblos han sido llamados y consultados sobre esta cuestión, y aunque algunos de nuestros amigos deseaban que probase mi fortuna, yo fui demasiado prudente. Un segundo discurso sobre el mismo tema es una cuestión delicada y siempre es expuesto dirigirse á un público impaciente, por haber pasado la media noche.

No escribiré nada para usted acerca de educación ó de cualquiera de las otras cuestiones políticas pendientes, porque me asaltan dos temores: uno, que acaso confíe demasiado en mí mismo, y otro, que puedo colocarme en mala situación; pero continuaré ocupándome de historia, literatura general y la parte meramente especulativa de la política, en lo que escriba para la Revista.

Siempre de usted,

T. B. M.

Edimburgo, 2 de Septiembre de 1839.

Querido Napier: Trabajo sobre Clive todo lo que puedo, y hago el escrito tan corto como me es posible; pero no me puedo comprometer á hacerlo en un tiempo determinado, por largo que este sea, antes bien, me preocupo más de que el artículo salga bien.

Trataré de estar en Londres de nuevo sobre el 18. Dios haga que estos cambios ministeriales produzcan buen resultado. Las oficinas nunca han tenido para mí atractivo alguno, y sin embargo, y por esto, temo no poder, cual hombre de valor, renunciar si me es ofrecido algún puesto.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY.

Londres, 20 de Septiembre de 1839.

Querido Napier: He llegado esta mañana temprano, habiendo, principalmente por usted, acortado mi estancia en París y cruzado á Ramsgate, con un tempo-